

**CONGRESO INTERNACIONAL: HISTORIA Y MEMORIA.
28 AL 30 DE NOVIEMBRE DE 2007
UNIVERSIDAD DE GRANADA.
(Palabra y sentimiento de la memoria)**

**Título:
LA MEMORIA TOLERADA**

**Montserrat Huguet
Universidad CARLOS III de Madrid.**

1. El tesón de la memoria.

Tendemos a pensar con ingenuidad que la memoria referida a las experiencias comunes obedece a una suerte de movimiento natural que la hace aflorar o hundirse, como los ojos de un río subterráneo, por causas que no acertamos a entender. Buscando inútilmente la pauta de la memoria, recelamos sin embargo de la obviedad: que los recuerdos comunes son seleccionados en función de los requerimientos del presente. En estos días, en que es preciso huir de lo cotidiano para no toparse con el debate acerca de la memoria histórica, rozamos el quicio de la puerta que habrá de cerrarse cuando este importante asunto, deshilachado en tiras a fin de que haya para todos, comience a hacérsenos tedioso. Hasta la memoria “*debida*”¹ cansa.

La memoria no es, después de todo, un asunto de verdad o de justicia; la memoria debida se vincula al empacho de empatía de las sociedades cuando estas se empeñan en avanzar sin dejarse nada en el tintero. Las referencias que magnifican un tiempo y lo muestran con interés *ejemplificante* quedan con frecuencia anegadas por el sopor que emana de las heridas abiertas. Incluso los rasguños sugeridos adquieren prevalencia ante la normalidad de lo bien hecho, del éxito de la gestión. Lo bueno es aburrido, no gana peso en los relatos. Lo malo en cambio favorece las expectativas colectivas de morbo – compadecerse en la pasividad de la acción entretiene al igual que cualquier otro espectáculo- y como tal gana posiciones en la parrilla de salida a la que se someten las narraciones. ¿A quien le apetece leer una novela en la que no hay héroes por que no hay villanos, sufridores y jefes victoriosos? La historia –siempre se ha dicho- es acción. Pero el trabajo de la narración histórica es, cuando menos, tan laborioso y delicado que merecería la pena eludir la frivolidad a la hora de elegir su objeto.

En todos los países con tradición nacional, las experiencias conmemorativas constituyen manifestaciones inequívocas del gusto por el sobresalto, de la empatía con la tragedia inexplicable y la injusticia gravada en la piel de los caídos. ¿Qué pasaría de ponerse de moda las celebraciones conmemorativas de tiempos calmos y aburridos de los que nadie pudiese recelar o sentirse insatisfecho? Intentos ha habido y sin duda han sido poco memorables. Es seguro en cambio que la conmoción acuartelada en el olvido y la ira que se retardada, los juicios sumarisimos sobre asuntos que quedaron irresueltos en el pasado, tienen la cualidad de elevar al hombre del presente hasta las cimas de una bondad que, - perteneciendo este sentimiento al terreno de la espiritualidad particular- se socializa sin embargo. Por medio de la memoria se llega a la comunitarización de las conciencias. Descartada la posibilidad de justicia divina sobre los desmanes del hombre -tal como la

¹ Traté de este asunto en el texto: “El círculo imposible de la Memoria”, *Memorial Democrático*, celebrado en Barcelona, Universidad de Barcelona, 17-20 de octubre, 2007. El texto se encuentra colgado en el espacio virtual del Memorial.

historia nos muestra-, resta al menos la corrección comunitaria por medio del alivio que emana de las reparaciones discursivas.

La pregunta que planea sobre este texto se expresa en términos modestos y tiene, ya lo advierto, mala respuesta. Mi pregunta se ciñe al problema del umbral de tolerancia con respecto al énfasis memorístico. Al igual que la violencia embota los sentidos del espectador cuando estos le son expuestos con machacona regularidad, así también el esfuerzo de la memoria ha de colmar el sentimiento de gratitud para con ella cuando las sociedades intuyen que los traumas históricos son de menor calibre que aquellos que han de prevenirse. Alejemos el problema de la evasión de responsabilidades para con los difuntos y la crítica al egoísmo de las sociedades opulentas y presentistas, dañadas por la ausencia de los valores del reconocimiento hacia los que trabajaron para construirlas.

Si toda comunidad requiere de una historia que la convenza, no es tan obvio sin embargo que esté necesitada del tumulto memorístico. Quizá sí del establecimiento de una línea de flotación estable y permanente con respecto a los esfuerzos de la memoria que, al mantener la pasión por debajo de ella, ensalce la calma con que evaluar los sentimientos y proceder al ejercicio de la justicia, dejando a la historia funcionar por cuenta propia.

La incursión de los *media* embarra la visión certera del problema porque estamos en ese punto en el que al hablar de memoria es hacerlo de historia y se sugiere que hay historias verdaderas y justas frente a otras que son engañosas y por lo tanto injustas. La transmisión oral y escrita del conocimiento tiene en nuestros días un reto francamente duro, habida cuenta de la enorme cantidad de información de la que dispone para su elaboración; y en este sentido, el fenómeno de la Historia como vehículo de la formación de las voluntades correctas incurre a veces en ese grave error de partida que es enjuiciar el pasado en clave de lo que hoy necesitamos para domeñar los eternos peligros de la desviación social hacia terrenos que nos resultan peligrosos. Quizá elevando iconos de bondad y éxito –pensamos- podamos ser hoy mejores hombres en sociedades más sanas; quizá mostrando las trazas más rastreras del pasado –seguimos pensando- puede que razonemos con un juicio más equilibrado que evite nuevos extremos y maldades. Nos da miedo olvidar el mal, precisamente porque lo consideramos consustancial a la bondad de la que hacemos gala. No en vano, la justicia de raíz judeocristiana en nuestra cultura occidental nos llama a recordar los actos beneficiosos de quienes nos precedieron, a tender un puente hasta ellos porque olvidarles es tanto como cometer un sacrilegio.

Aún así, démonos cuenta de lo difícil que nos resulta asumir que las cosas no suceden con ninguna aspiración especial de utilidad en el futuro, asumir que sea incluso muy saludable respetar como tales los vacíos que va dejando el tiempo: en el espacio, cuando sucumbe un edificio bajo el efecto de las bombas, en la familia, al desaparecer uno de sus miembros por obra y gracia del exilio o el encarcelamiento. Porque las cosas que se van, como las personas que nos han dejado, nos reclaman el derecho a no ser sustituidas inmediatamente; nos reclaman un duelo más extenso –a la antigua- del que estamos acostumbrando a otorgarles. El discurrir inexorable de los asuntos históricos nos mueve sin embargo por la ruta de la reposición constante de nuestra atención sobre sus claves renovadas, de ahí que de rato en rato pensemos en lo que casi se nos va escapando de la memoria y al hacerlo nos justifiquemos en ese magnífico “*utilitarismo*” que domina nuestra existencia.

Con respecto a la historia española del siglo XX la tolerancia hacia el afán memorístico ha traspasado ya algún umbral que otro. Hay quien no se explica que en la normalidad del tiempo que corre, las heridas abiertas supuren más que nunca y que los recelos que aún perviven enturbien los trabajos de limpieza y sutura.

Del sufrimiento social comienzan a decir algo los libros de historia, que apenas reparan en el tan resbaladizo asunto de la transmisión generacional de los silencios con que se manifiestan las heridas. Lo habitual sin duda es ir arrastrando las anomalías del pasado,

alimentando apenas con relatos fragmentados las zonas grises de la memoria común. Es bien sabido que la comunicación verbal se interrumpe con los traumas y que los relatos, precisamente por que no fluyen, arrastran un montón de trampas que dificultan el entendimiento y la convivencia entre los vivos. En algunas sociedades contemporáneas la veneración hacia el pasado y a su condición determinante del presente es muy marcada, otras reaccionan con desparpajo y prefieren arrancarse de encima los lastres de la culpa dejados en herencia por los que ya no viven. Pactos de silencio los ha habido siempre con mayor o menor fortuna.

A todos nos gusta conmemorar, rememorar el pasado –tal vez remoto e irrelevante ya- a modo de fiesta nacional y hasta intelectual. España ha hecho recientemente dos incursiones conmemorativas de importancia. Hace un año fue la conmemoración del setenta y cinco aniversario de la II República española y este, de 2007, el treinta de la Transición a la Democracia. El vínculo argumentativo entre ambos aniversarios, más allá del cronológico, bien podría ser –qué sentido tendría si no- la relación de la nación española con el Estado de Derecho. Entre tanto, se agazapa la memoria de la Guerra Civil y del Franquismo, cuyo tratamiento conmemorativo no podrá ser -cuando toque- objeto de fácil festejo. En el imaginario colectivo, ambos tiempos de la historia reciente son la herida supurante, la anomalía en la que solo la gestión pública del miedo y el dolor merece quizá un recordatorio saludable.

Así pues, parecería que la vigilancia crítica sobre la memoria se ha convertido ya en un oficio indispensable adjudicado en concurso público a particulares e instituciones. Las conmemoraciones forman parte de las políticas públicas de la memoria y del afán de estas por implicar a la sociedad civil en esta preocupación. Entre reabrir asuntos mal cerrados hasta reparar daños infringidos por nuestros antepasados a sus víctimas, discurre todo un circuito de memoria que incluye festejos, exposiciones y memoriales. En algunos países como Argentina se crea una red nacional de sitios de memoria. En ella se balizan los lugares de la tortura y de los crímenes contra la humanidad. El grado de tolerancia de la memoria es aún muy alto. En los países democráticos, la memoria es un hecho político inquestionable. Eludirla o intentar zafarse constituye una incorrección no tolerada.

Con todo, más allá de sus excesos, la principal profilaxis de la memoria radica quizá en el esfuerzo de pensamiento al que nos somete, en lo abultado de la crítica que demanda, al detener, quizá por un momento, la acción que nos consume.

2. Un sonado objeto de desmemoria: la II República española.

Hablar de memoria en la España reciente es hacerlo de la desmemoria en realidad. La desmemoria, que no el olvido², practicada insistentemente por individuos y por colectivos, guarda, como acto de voluntad³, una enorme riqueza para la historia, ya que insinúa la importancia de todo lo que no se quiere recordar⁴. De ahí que la memoria constituya un esfuerzo organizado –alejado a la evocación libre- mediante la cual se pone en práctica la elección. En cambio, el olvido organizado debe ser entendido como una suerte de supresión oficial de los recuerdos de situaciones históricas conflictivas en beneficio –se argumenta- de una cohesión social⁵ que parece requerir la anulación del recuerdo de todo intentos transformadores. Como reflujo de esta tendencia, muy generalizada en las narraciones del siglo XX, en otros momentos se hace hincapié en la

² RABOSSI, E. et Alii.: *Los usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998.

³ VIDAL-NAQUET, P.: *Los asesinos de la memoria*, México, S. XXI, 1994.

⁴ Sobre la desmemoria voluntaria, WEINRICH, H.: *El Leteo. Arte y crítica del olvido*. Madrid, Siruela, 1999.

⁵ BURKE, P.: *Formas de la Historia Cultural*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 65-85.

salvaguarda de la normalidad de aquellos hábitos permanentes en las sociedades, trazando, con un discurso hasta cierto punto idealista, un modelo de memoria⁶. Con él se mira educar a las generaciones venideras en la herencia de lo estable, una herencia quebrada ocasionalmente por convulsiones erráticas.

La memoria de la II República española fue vaciada de contenido, aunque el verdadero objeto de la desmemoria en España no fue la República sino la cultura republicana –tanto de naturaleza cívica como intelectual. De entrada, la tradición insurreccional española se hace objeto de desmemoria, inserta en la épica de la revolución marxista, a la que es del todo ajena⁷. Tal fue el éxito de la desmemoria republicana que logró que los niños criados en el franquismo sintiéramos que la República olía a *viejo*.

A lo largo de los años en que se teje la desmemoria se vacía el recuerdo de las múltiples experiencias republicanas, de los proyectos en ocasiones contradictorios que afloran en un contexto de euforia y libertad singular. Así, el ansia de modernización –la mítica sociedad competitiva- de unos entraba en franca colisión con la idea bucólica de quienes contemplaban el proyecto de sacar adelante una sociedad igualitaria de naturaleza arcaizante. Mientras el primero de los proyectos miraba al exterior, el segundo se refugiaba en una suerte de medievalismo protonacional, castrador de las libertades modernas.

Pero la República española murió joven –dicen los nostálgicos-, apenas ocho años recién cumplidos, resistiéndose a sucumbir pese a la evidencia de que estaba todo perdido. El agotamiento mítico de la República –la corrección en el discurso histórico proclama una máxima que matiza la ruptura abrupta de un proyecto legal y limpio- lo era en realidad a los ojos de la gente de la época. El franquismo se instala sobre este agotamiento y la desmoralización absoluta de la población. No se trata pues de indiferencia o desafección a la República. Hay una sumisión natural a la expectativa de cambio que anuncia el régimen⁸. Por eso mismo, la muerte de la República es un hecho absoluto. La destrucción material –la de la Guerra Civil- anuló la dimensión institucional alcanzada por la República y con ella disolvió los agentes y mecanismos del recuerdo natural de un tiempo. La tarea de la desmemoria se hizo más fácil gracias a la permisividad internacional con respecto al residuo franquista en el momento crucial del cambio en el sistema internacional. La oleada de refugiados que intentaba huir, bien a pie, a través de las montañas, bien en barco, por mar, topó con una actitud de brutal indiferencia ante su desgracia que contribuyó a un sentimiento de vergüenza tan inmerecido como lo fue el inmediato silencio.

En el interior del país, el franquismo se empeñó a fondo en dar fin a la cultura cívica de la República. No hubo tránsito, tampoco negociación. En poco tiempo se olvidaron los términos de la participación y de la acción política cotidiana; también los mecanismos garantes de la práctica de las libertades individuales y colectivas. Toda una generación creció y dio a luz una segunda, las dos al margen de la cultura de la palabra y la crítica. Ambos grupos de edad desconocieron, aunque no dejaron de intuir, todo de lo que carecían, sin que la ausencia de referencias pudiese ser matizada desde el exterior, vedado.

La República se había ocupado de legar su memoria. Construyó los cimientos institucionales (archivos) para una política de memoria de sí misma. Pero enseguida se disuelve la intención, al ser suplantada por los hábitos de la desmemoria. Durante el franquismo se aplicaron técnicas de manipulación y destrucción de archivos, supresión de testigos, *pérdida* de documentos (papel y audiovisuales); se procede a la relectura de textos de construcción histórica a partir de un contexto nuevo que desvirtúa los contenidos y la

⁶ LE GOFF, J.: *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991.

⁷ SOUTO, S.: *Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*. Madrid, Siglo XXI, 2004.

⁸ BUCLEY, H.: *Vida y muerte de la República española*. Madrid, Espasa Calpe, 2004. P. 362.

intenciones con que fueron escritos los textos. El canon *maldito* contribuye a fijar una memoria negativa del pasado reciente; también de quienes lo pensaron.

Finalmente, el impacto en la desmemoria del victimismo autocomplaciente que se adueñó de los perdedores no fue baladí. El victimismo contribuye a disolver la huella del republicanismo heroico. Se detecta una fe inconsciente o ingenua en la salvación que ha de venir de un contexto mundial saneado, liberado por fin del aterrador fascismo, y que devolverá el cenit perdido a la República. Esta fe se diluye enseguida en el seno de una realidad cruda, impactante. Nadie le trasmite la fe a los niños del franquismo.

Si, en la visión popular de la historia, todo lo que antecede un hecho es causa de él: la República se torna causa maligna de la Guerra Civil, y el franquismo, la única vía de salvación para una sociedad maltrecha. Durante décadas, esta idea sacia la educación de los españoles. Para que así sea, se precisa una ideologización que permita la ampliación progresiva del cauce del consenso acerca de la bondad del cambio histórico.

Hasta 1947 (referéndum de 6 de julio de 1947) el régimen se mantuvo en la más completa indefinición con respecto a la forma de Estado. La dictadura adquiere su materia bajo un estado de excepción. Pero era fundamental darle una forma política al régimen para lograr la legitimación interna y el reconocimiento exterior. Se acude a la Monarquía –no a la tradicional, ciertamente–, porque la forma monárquica tiene la capacidad de borrar la forma republicana. Mediante la presión ideológica y la propaganda, el franquismo proyecta sobre la población española una imagen de atracción del ansiado consenso. No son despreciables las actividades de captación, de movilización, activación y mantenimiento de militancia, de educación y formación sobre las generaciones nuevas, precisamente esas que carecen de memoria republicana.

El régimen sabía que nunca iba a conseguir una adhesión plena, por eso se conformaba con un emborronamiento de la memoria, creciente en paralelo a la apatía popular en la acción política y ciudadana. Hay una conformidad pasiva, un rechazo activo del disenso que llega hasta las capas más profundas de la mentalidad colectiva. El consenso tiene la finalidad y la forma de la adhesión, nunca del ejercicio de la crítica o de la acción democrática. La coacción legal supuso el sometimiento de la población mediante instrumentos represivos, militares, judiciales y políticos. El mantenimiento prolongado del estado de guerra y el sometimiento de actuaciones de naturaleza política en el Código de Justicia Militar anulan la cultura de la crítica y la lucha internas.

Para adaptarse a las circunstancias adversas, el régimen teje una red de intereses. Con ella capta a determinados grupos sociales –política económica y social– y neutraliza al resto. Se trata de dar satisfacción a aquellos que han apoyado la rebelión militar y así ampliar el número de partidarios por medio de un sistema de beneficios. La idea de restauración socioeconómica sirve a la anulación de la cultura del cambio mediante la reforma aplicada por la República. La economía de guerra es una transición necesaria hacia un modelo formalmente autárquico e intervencionista. Los instrumentos: la organización sindical inserta en el propio Estado y los consejos reguladores de la actividad productiva. Las leyes proteccionistas de la industria nacional y la regulación bancaria se ponen al servicio de los intereses económicos del grupo dirigente. Se intervienen precios y se compran excedentes agrícolas. Empresa y política se funden. El conocimiento de la imbricación real del régimen con la sociedad productora de bienes guarda aún hoy enormes lagunas. El régimen neutraliza a aquellos grupos proclives a la crítica y la resistencia: obreros, jornaleros..., aunque sin llegar a desarrollar métodos sistemáticos de asimilación ideológica y política.

Así, aunque la neutralización es clara, no lo es tanto la absorción. La llamada política de pleno empleo, y la adjudicación de unas ventajas que cubran los mínimos vitales de los trabajadores contribuyen a fomentar dicha neutralización. El efecto final es el de una sociedad de aspecto mortecino, gris, carente del pulso vital que caracterizó a la sociedad

republicana. Pero, al no haber memoria de este referente, la sociedad se deja vencer por una complacencia que finalmente se verá justificada en el *desarrollismo* de los años sesenta, fruto de ciertos derroteros acertados de la política económica del régimen, aunque en esencia de la agilidad y bonanza global del contexto económico general.

Fue este precisamente el momento en el que se construye la memoria de una sociedad que nunca fue. Una obra que sobrevive al franquismo. Hay sociedad franquista precisamente en el post franquismo, porque la incertidumbre activa los mecanismos de la memoria prudente: la idealización de lo seguro. En la idealización, la memoria republicana se contempla como el inicio de la crisis, el contrapunto hostil que nadie desea.

De todas las novedades que sugiere el franquismo, la dimensión exterior constituye una de las más señeras. La invención de una imagen distinta a la pretendida por la República es un artilugio que contribuye poderosamente a embarrar la memoria internacional de aquella. ¿Cuál es la imagen internacional de la República? Para los españoles de la posguerra República y vida internacional son un trasunto de locura soviética y si acaso, a juicio de los más entendidos, de estúpida diplomacia ginebrina. Poco más. No existe Hispanoamérica, ni Europa ni el Magreb.

Cabe preguntarse si fue acaso más intensa u original la vida internacional de la España franquista, y la respuesta es sencilla: rotundamente no. No al menos por lo que se refiere a la acción real. Sin embargo, la longevidad del régimen y la reorganización del servicio exterior la hacen más visible. Al situarnos en el final de la II Guerra Mundial, el franquismo se ve en la tesitura de disolver un pasado inmediato que le es perjudicial, su participación, si bien no-beligerante, en pro de la victoria del Eje. Lo va a conseguir a fuerza de enfatizar, ya desde el año 1944, la línea anticomunista de su ideario exterior, muy con consonancia con las futuras necesidades de las potencias occidentales. La nueva España es activa y valedora de una actividad exterior intensa. La actividad internacional de la República es tachada de escasa, informe y confusa. La idea a perseguir es que la República ejecuta la disolución de los valores imperiales de la nación española. La República vende la nación a los intereses de la Unión Soviética, y se alía a Francia, a la postre secular enemiga... Este tipo de certezas entrará a formar parte del saber de las generaciones nacidas y educadas en el franquismo.

La República se disuelve en la memoria documental, ya lo he dicho. El exilio interior y exterior⁹ preservó en lo que pudo la huella cultural de la República, mientras se disolvía en el interior oficial. El exilio interno, la oposición, siquiera ideológica,¹⁰ a penas tuvo capacidad para nutrir una memoria que, a falta de soportes, era diluida en una nueva, la memoria del franquismo. Este se muestra como continuidad renovadora e interpreta la República como un azar aciago, una ruptura impertinente del tiempo en progresión que, afortunadamente, puede ser suturado aunque, al hacerlo, las puntadas la hieran. Pero el conflicto y el triunfo franquista, provocan una importante dispersión de documentos que, de no ser destruidos, se esconden o se pierden en la clandestinidad. Un volumen importante de la historia inmediata en aquel momento se fue del país en la maleta de los exiliados. Se trata de un patrimonio diverso, herencia del republicanismo, que regentaban

⁹ LEMUS, E: "Identidad e identidades nacionales en los republicanos españoles de Chile", Ayer, Nº 47, 2002 (Los exilios en la España contemporánea), pags. 155-184. "Las posiciones francesas ante la desaparición de Franco y el establecimiento de la monarquía" Historia del Presente, nº 6, 2005, pp. 61-84.

¹⁰ ALVAREZ, J.: *Envenenados de cuerpo y alma: la oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Siglo XXI de España Editores. Madrid, 2004. "Envenenados de cuerpo y alma", era el modo en que definía Carrero Blanco, ante las Cortes, a los universitarios españoles en 1969.

no solo las elites políticas e intelectuales¹¹ sino también los ciudadanos de a pie, anónimos, muchos de ellos internados en campos franceses¹²

El cariz de provisionalidad adjudicado a la memoria de la República, oscurece la intensa laboriosidad con afán de permanencia en la que se trabajó internamente. En él no tienen cabida las obras de la cultura, por ejemplo -la llamada *cultura de Estado*- iniciativas que forman parte de la tradición cultural española y de su afán modernizador. Porque durante el franquismo, lo “nuevo” es pertinente, no así lo “moderno”. La memoria de la decepción republicana se construye a partir de la insistencia en los actos violentos – violencia política, social, callejera, barbarie e inmoralidad- del ‘36.

Es el discurso del “miedo” elaborado por la derecha derrotada en el ‘36, que penaliza a las “izquierdas”, en una representación mental confusa e imprecisa que incluye tanto a los milicianos como a los jornaleros del campo, a los obreros de las industrias, a las mujeres inconformistas y hasta a los militares leales a la República. Se evoca la muerte como efecto del experimento. La primavera del ‘36 como expresión del más absoluto caos (Destrucción y quema de las propiedades de la Iglesia, las rebeliones en las fábricas y el campo y la incautación de propiedades, los asesinatos...) frente a la pasividad, permisividad incluso, de las autoridades republicanas¹³.

Y así llegamos al triunfo de la memoria de la Guerra civil frente a la de la República. Hay en esta victoria un reconocimiento catártico. Guerra es igual a derrota del mal y principio de una Nueva Era. Otra vez lo nuevo. Perviven en esta lectura las historias de eventos, de impactos, catástrofes... privadas y colectivas. El desastre se recuerda, no así la normalidad. La “internacionalización” del conflicto civil eleva su rango en la memoria. El peso de los protagonistas foráneos subraya el rango del evento ante al intrusismo del fenómeno republicano, no menos internacional que la guerra, por otra parte.

Con todo, es obvia la fuerza con que ejerce la República su derecho a pervivir en la memoria. Lo hace esencialmente por medio de las huellas de la maltrecha cultura republicana, impresas aún en los círculos rectores de la misma. La huella en las masas fue borrada. En cambio, la densidad, la actividad intelectual y cultural desplegada en tan solo cinco años -inusitada- remataba en realidad un ciclo que se había iniciado en el final del anterior siglo. La República no hizo sino acelerar y permitir que cristalizara en una praxis social más amplia la interesante producción previa.

Finalmente, no podemos abordar la desmemoria de la República sin mencionar que las mujeres han sido siempre agentes de una narración que les angustia porque se saben al margen. Las mujeres rememoran¹⁴, siempre, son de hecho las principales artífices de un proceso que no tiene principio ni fin porque es la esencia de la privacidad la que da sustancia a su historia. No hay ejes cronológicos para la vida privada ni para los asuntos concernientes a la familia.

¹¹ Especialmente nos interesa la represión cultural que es la clave para el fomento del olvido de la libertad. Ver CIESQUIELLA, G.: *La represión cultural durante el franquismo*, Barcelona, Anagrama, 2002, referido a la censura de libros entre 1966 y 1976. BORDERIA, E.: *La prensa durante el franquismo: represión, censura y negocio*, Fundación Universitaria San Pablo, 2000.

¹² LEMUS, E.: “Las posiciones francesas ante la desaparición de Franco y el establecimiento de la Monarquía”, *Historia del Tiempo Presente*, nº6, 2005, pp.61-84.

¹³ PAYNE, S.: *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

¹⁴ RUIZ-DOMENECH, J.E : *El despertar de las mujeres. La mirada femenina en la Edad Media*. Barcelona, Península, 1999.

El carácter de revolución popular que revistió la guerra en la zona republicana en los primeros momentos de la sublevación, hizo que las mujeres, alentadas por un discurso igualitario en su participación en la guerra junto con el hombre, se alistaran en los batallones y cuerpos de milicias que de forma voluntaria se organizaron desde los primeros días. Pronto, sin embargo, un decreto de octubre de 1936 por el que se reorganizaban las Milicias Populares dispuso, entre otras medidas, la retirada de las mujeres de los frentes y su retraining a tareas auxiliares en el frente (de intendencia y servicios) o en la retaguardia. En la retaguardia las mujeres se dedicaron a tareas de cuidado de enfermos, niños, ancianos, intendencia, labor educativa en las escuelas. También fueron reclamadas para “servicios especiales de información” (espionaje, transporte de armas, enlaces). Muchas mujeres no aceptaron esta retirada y continuaron luchando, pese a tenerlo prohibido, durante algunos meses más.

Ellas afrontaron los mismos riesgos y peligros que los hombres, pero tuvieron que demostrar que eran doblemente heroicas y abnegadas. Perduran nombres como los de Lina Odena. Aida Lafuente, Juanita Rico, Manolita del Arco o Rosita la Dinamitera. Convertidas en cabezas de familia por la movilización de padres, hermanos, esposos, se las ingeniaban para sacar adelante a los suyos. La militancia de la mujer en la guerra llevó a muchas a la cárcel, otras fueron fusiladas. A esto hay que unir la dura represión a la que fueron sometidas en los primeros años de la posguerra muchas de las que se quedaron y las que tuvieron que partir hacia el exilio¹⁵.

Ahora bien, la brutalidad de la vida cotidiana en el exilio forzó una dimensión de la desmemoria referente a las condiciones vergonzantes de los desplazamientos y los campos, elevando a la categoría de mito la condición republicana que se había perdido. Si la vergüenza silenció la memoria del exilio, el afán de supervivencia en el seno del franquismo hizo lo propio con la mitificación de la cotidianeidad republicana. La cotidianeidad se fue perdiendo. Al revisar el exilio republicano español de 1939, vemos que el hombre es el eje central de los acontecimientos significativos. Las exiliadas, anónimas, en Francia o en otros países de Europa y América, tuvieron que adaptarse necesariamente al país de acogida, volviendo otra vez a su mundo privado y cotidiano. Trataron de recomponer en modestos hogares el mundo que se había perdido. Preservaron la lengua, la cocina, las costumbres de su país y a su vez, de forma natural y callada, fueron haciendo propios los hábitos del país de acogida. Por ellas fue que los hijos se integraron. A diferencia de España, en ellos sí se daba espacio a una vida cívica y ellas aportaban la memoria de su juventud, de su infancia republicana.

Hoy, leemos la República como un tiempo –efímero– de avance en la ampliación de las libertades y de igualdad entre los españoles. Queremos mirar la República como una fórmula de régimen sentida y buscada por la mayoría; el marco en el que la diversidad – descentralización política (autonomía)– y el laicismo pudieron expresarse por vez primera, y en el que hubo una voluntad política clara de que el derecho a la educación y a la cultura descendieran en la escala social hasta alcanzar a todos. Hacemos hincapié en el valor de cambio transmitido –hay partidarios de la reforma y otros de la revolución– y en la plenitud de un relevo generacional que la hizo posible; en la enorme calidad intelectual y moral de sus líderes; en el compromiso social de la nación; en el valor del esfuerzo, del trabajo, de los retos que ilusionan. Vemos singularidad histórica al final de la vieja apatía. Nada excepcional, no obstante, entre las naciones de la época que aspiran a inventar una fórmula de compromiso para la convivencia. Pese a lo cual –la normalidad de la experiencia republicana– los mecanismos para la conmemoración se inflaman de emotivos testimonios personales, todos ellos *verdad*.

¹⁵ ALTED, A.: “El exilio republicano español desde la perspectiva de las mujeres”, *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, Granada, vol. 4, núm. 2, julio-diciembre de 1997, pp. 223-238.

Apenas destripada la construcción franquista de la memoria republicana esta roza ya el umbral tolerado, sin que nuevos libros, testimonios o reconstrucciones cinematográficas logren eludir la inclinación al bostezo de sabios e ignorantes a la par.

3. La Transición: experiencia y memoria.

Caso bien distinto al de la II República es el de la Transición española. Nuestra tolerancia para con ella apenas si acaba de insinuarse. Al hilo de las celebraciones discretas de 2006-2007, no puedo dejar de recordar algo que escribía hace más de cuarenta años un autor muy sabio al recordar la historia de su propio país, Hungría, que decidió abandonar, en una autobiografía dedicada a los años de la ocupación rusa y de su exilio a América, entre 1944-1948. Dice Sándor Márai que nadie sabe con exactitud qué es la Historia¹⁶, y tomo prestada su máxima para añadir que la memoria de las vivencias comunes, si son beneficiosas y reconfortantes, fragua a lo sumo un espíritu de nostalgia compartida por los miembros de la generación protagonista cuya utilidad dista mucho de cualquier aprendizaje activo entre las generaciones jóvenes, tal y como se pretende, por más que su efecto sí sea terapéutico para las mayores.

Convengamos en que es francamente difícil aprender de lo que uno no ha vivido, de igual modo que resultaría absurdo pretender que un crío pequeño aprendiese a comer explicándole la teoría de la deglución de los alimentos. Se aprende de verdad en la experiencia, y los demás intentos conducen inevitablemente al olvido. A diferencia de lo que le sucede a la República, la experiencia domina aún hoy en la construcción de la memoria de la transición. Ningún cataclismo posterior borra su huella en la memoria. Otra cosa bien distinta es que lo haga el tiempo o el desinterés.

Lo primero que me viene a la memoria adolescente de aquel tiempo inicial de la Transición es la monotonía del color –pardo, gris, marrón- de las cosas y de la atmósfera; la sensación de incertidumbre y miedo en la calle, en las caras de la gente. Una vaga alegría teñida de un cierto reparo, de un respeto quejumbroso hacia lo perdido y de esperanza hacia lo aún no ganado. La utilidad que le aplico a este recuerdo es la de la expectación y la prudencia.

Nuestra época es, por lo que a los asuntos nacionales se refiere, tremendamente confiada, segura de que ninguna hecatombe puede romper el ritmo beneficioso de los asuntos que nos traemos entre manos. El alarmismo permanente es un hábito reservado a los abuelos. Ellos tuvieron razones para vivir siempre alerta –esto es algo que debiéramos respetar. Pero tal razón dejó de asistir a sus hijos, que se criaron en un aire poco a poco más despejado y colorista, el de la Transición. Durante la Transición no se tenían –fruto de la torpeza administrativa del Régimen previo- las certezas documentales de las que hoy gozamos. El documento personal era un bien precioso, difícilmente obtenible y caro. Solo a mediados de los años ochenta los españoles podían perder su carnet de identidad con una cierta alegría, o solicitar una partida de nacimiento sin tener que estar próximo al fallecimiento. Un certificado muy apreciado era el certificado de penales, sin él el matrimonio era objeto imposible y, aún sin haber dado muestras de no merecerlo, era frecuente no obtenerlo. Los domicilios y los coches carecían en cambio de muchos de los papelillos que hoy los custodian: cédulas de habitabilidad, seguros contra incendios o tarjetas de la ITV. Pero es que la propiedad de los coches, como de los domicilios no era aún frecuente entre los españoles de mediados de los años setenta y todo lo que a su posesión y usufructo se refiere carecía de regulación. Por algunas calles de Madrid circulaban aún carros y se estilaba aún el alquiler de renta antigua.

¹⁶ Coincido con esta máxima, extraída de un texto de Sándor MÁRAI, su segunda autobiografía: *¡Tierra, Tierra!*, Barcelona, La Salamandra, 2006, p. 363.

Con la Transición nos hicimos los españoles unidades sociales bien clasificadas. Hacienda nos encontró y ya nunca nos dejó escapar. Pero gracias a este avatar que hoy consideramos insidioso y en ocasiones desmesurado en sus exigencias, fueron posibles muchos de los beneficios sociales de los que mal que bien disfrutan hoy ustedes. Conviene recordarlo. Conviene igualmente acordarse de cómo en la Transición se fundieron en el olvido dos términos asaz inquietantes, me refiero al de “*preso político*” y “*exilio*”. Eran ambas figuras habituales en los silencios de la generación madura que, pese a la Transición, no consiguió sacárselos de la cabeza, de ese lugar remoto en el que se aparcen las cosas que no nos gustan aunque no nos atrevamos a darles la espalda.

La mayoría de los españoles no hemos tenido siquiera que esforzarnos en olvidarles –a los presos y a los exiliados– porque fue llegar la Transición y comenzar a vaciarse las cárceles de este particular conjunto carcelario al tiempo que, mejor o peor servidos por la suerte, regresaban del extranjero amigo los hijos de los que habían huido cuarenta años atrás. Qué decir de la “emigración”, un hábito desfasado ya a principios de los años ochenta, excepción hecha claro está de temporeros y algún que otro colectivo muy puntual que todos los años aún salían a Francia a vendimiar o seguían faenando en lejanos caladeros bajo bandera extranjera. Los científicos emigraban a los países que requerían talento. Los músicos, los artistas florecían aún fuera de un país muy triste en sus actitudes culturales. Pero la mano de obra barata, la de toda la vida, regresaba por lo general con poco más de lo que se había llevado. Siempre había algún espabilado que lograba engatusar a los compatriotas para servirles viajes casi de balde desde Suiza a España a ver a la mujer y los chicos una vez al mes. Esta tipología de emigrante triunfó en aquellos años de crisis generalizada, como siempre lo ha hecho, vengan bien o mal dadas, aunque su caso no fue generalizable, ni mucho menos.

Presos políticos, exiliados, emigrantes... tres vestigios del pasado que la Transición sumió en el silencio, o tiñó de folclore peliculero a finales de los setenta, como si su existencia hubiera sido un mero chiste, irrelevante y castizo. Porque la Transición consistía también en sacar humor de los grandes dramas, en enfatizar en esperpento el pasado inmediato, en robarle a la memoria un sesgo de ficción reconfortante. Hoy, que tanto empeño le ponemos a la tarea de la verdad histórica –que sin duda ya toca– nos cuesta comprender el esfuerzo de huída que caracterizó a la Transición española, y miramos con ojos acusatorios relatos que a fuerza de edulcorados se nos hacen traidores. Por eso puede ser útil el darnos cuenta que al recordar aún con gesto crédulo aquella Transición aprendida en los libros y las películas de la época estamos optando por ahondar en la evasión que hizo fuerte la Transición de la dictadura a la democracia. Los relatos consensuados no son ni buenos ni malos, solo son relatos cuyo objeto es la construcción de una paz social.

Tal vez resulte significativo, a la hora de mostrarnos comprensivos con la memoria oficial de la Transición, recordar que año y medio después de la muerte de Franco el desbordamiento social en este país y las movilizaciones subsiguientes hacían temerse lo peor a los poderes públicos. Quizá parezca inapropiado hablar de *terror* –suena casi *robespieriano*–, sin embargo la impresión gubernamental de la época rondaba este sentimiento irracional.

Poco a poco, al ir pasando las cosas y normalizándose lo que entonces parecía excepcional, esto es, los hábitos de convivencia en esa sacrosanta Democracia que tanto nos admiraba y tan mal conocíamos, la memoria del miedo se disolvió. Convencer al otro de que no tenía de que asustarse fue una tarea decididamente bien resuelta por parte de quienes accedían al poder desde el sistema heredado, pero también desde el ostracismo y el anonimato. ¿Quiénes eran esos nuevos líderes de aspecto juvenil y contestatario? ¿Por qué no atemorizaban ya como en tiempos –cuando en realidad no estaban– lo habían hecho su mera evocación? ¿Y las viejas glorias del anatema nacional? Las veíamos pasarse como si

tal cosa por la calle, sin peluca, con el moño bien prieto en la nuca, como si jamás se hubiesen marchado.

Hoy, que asistimos como si tal cosa al discurso infatuado del miedo –miedo a la opción contraria, miedo al discurso incorrecto, miedo a la desviación de la norma, a la ruptura del mítico *pacto de silencio* (¿Alguien sabe quién lo hizo?- podría venirnos bien el reclamo de la Transición política española como la experiencia modesta de una sociedad que aprende a vivir perdiendo el miedo.

Muchos fueron los gestos de acercamiento y conocimiento del contrario. Por ejemplo, la supresión en el lenguaje oral y escrito del término “*enemigo*”. En Democracia, se decía, no existen enemigos sino a lo sumo “*adversarios*”. Resultaba convincente y hasta elegante usar este nuevo término. Era más moderno tener adversarios que enemigos. Al adversario podía convencerle a uno con buenas palabras y modos, con un adversario se podía pasar un rato tomando café y charlando del tiempo –a la manera inglesa- y de ningún modo se hacía extravagante contemplar la escena de dos adversarios debatiendo dignamente en el hemiciclo de las Cortes. Los adversarios aprenden a compartir Espacio. Al asumir las normas mínimas de una convivencia, dejan de lado la ira y los malos modos, las ganas permanentes de mentar a la madre del otro o de insinuar obscenidades que ni vienen a cuento ni aportan gran cosa a una tarde aburrida de debate político. Los adversarios se respetan, no así los enemigos, cuyo objetivo es la mutua aniquilación.

Esto lo aprendimos los españoles con la Transición. Y descubrimos que la visión transigente del contrario podía gratificarnos, y que la humanización del enemigo de toda la vida nos regalaba un compañero de viaje indispensable para la resolución de los conflictos propios de una sociedad en sí misma heterogénea y dinámica que exigía potentes movimientos de aceleración pero también estratégicas frenadas. Esta experiencia es hoy remota y posiblemente irrepetible. Podemos reconocer en ella el experimento que fue aunque le negamos la oportunidad de sernos de utilidad en el presente.

Piénsese con todo que la España de hace treinta años exhibía unas fuerzas políticas de derecha y de izquierda muy marcadas, y que con mimbres tan poco flexibles, amén de otros aún tiernos como eran las autonomías emergentes o la débil posición del país en el marco internacional, se las ingenió con gracia para destilar cierta paciencia y armonía allí donde la dinámica general llevaba al desorden y la riña. No me parece a mí que las cosas sean hoy más complicadas que entonces. Tampoco que quepa minusvalorar el riesgo que llevaba implícita la generosidad de aquellas gentes diversas y mal avenidas en razón al contrato histórico que heredaban, en comparación al menos con el que puedan suscribir las actuales, por la sola disposición a converger en algún que otro asunto de interés general, del Estado.

Pero, al comparar los efectos de las actitudes de las personas en los distintos tiempos de la historia se incurre en un error imperdonable. Cómo tener por estas a aquellas sociedades... Cómo exigirles a estas el comportamiento de las que les precedieron ante asuntos de calado y contexto histórico diferente. Puestos a defender la utilidad ejemplificante de la experiencia pasada no puedo omitir la escasa admiración que me suscita el encogimiento político del presente ante los problemas –seguramente menos relevantes que los de entonces- de la agenda nacional.

El cuerpo cívico conquistado¹⁷ y encarnado en las instituciones políticas y sindicales durante los años de la Transición es hoy débil, apenas residual. Y no me planteo aquí un discurso nostálgico sino de reconocimiento al trabajo anónimo de quienes, partiendo de la nada, apenas de los referentes mal aprendidos de nuestra propia e inconstante historia y del influjo exterior, debilitado por obra y gracia de la mala prensa de España en el mundo,

¹⁷ PÉREZ DÍAZ, V. (1993): *La primacía de la sociedad civil. El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, p. 56.

supieron tejer el entramado del que hoy nos columpiamos. El desvalimiento inicial de la España de la Transición no es siquiera imaginable por los ciudadanos que habitan la prepotente España actual. El desvalimiento, como la pobreza, produce en los individuos un sentimiento de vergüenza cuyos efectos pueden ser dos –la historia de la política internacional de las naciones sabe un poco de esto. Cabe el encogimiento y la defensa del harapo mugriento como si fuera la capa de un rey. Luego está la huida hacia lo desconocido, sin miramientos, con el descaro propio de los que no tienen nada que perder. A los españoles de finales de los años setenta nos pasaba que nos sentíamos tentados a elegir entre estas dos actitudes, precisamente para huir de la humillación y la vergüenza que provenía de la comparación.

Como quiera que algunos se vieses mayores y cansados para vender la vieja capa del rey, que solo ellos sentían aún cálida sobre los hombros, optaron por refugiarse en el trastero de la memoria, aguardando con insensata paciencia una resurrección milagrosa que devolviera el brillo a la ajada prenda. Otros, la mayoría, fueron encontrando poco a poco la forma de aceptar lo nuevo, de crear incluso “lo nuevo”.

Los referentes eran muchos y a gusto del consumidor. El amigo americano brillaba, pese a la mala prensa, con su peculiar e inalcanzable talento cultural; y las causas perdidas de otros pueblos, similares a las nuestras creaban en los más jóvenes el espejismo de que salvándoles de su propio desvalimiento interior era posible mejorarse a uno mismo. El cristianismo podía modernizarse y el sexo servir de vehículo a la realización individual o colectiva. Estábamos aún lejos del emocionante multiculturalismo y del cambio global que tanto nos atemoriza hoy. Pero teníamos pasaporte, causas por las que manifestarnos y un mensaje que dar al mundo: si España había podido, quién iba a negarse a sí mismo el derecho a semejante intento.

La experiencia histórica española resultaba sorprendente por muchas razones. En primer lugar se había invertido en ella un tiempo desmesurado en comparación con otros procesos históricos contemporáneos –véase la construcción inicial de la II República que se había hecho apenas en dos años frente a los tres (noviembre 1975- diciembre 1978) de la estricta Transición. En segundo, el peculiar comportamiento de las elites, de la oposición y la ciudadanía en general. En tercero, la muy rentable y equilibrada aplicación de la dinámica cambio-permanencia aplicada tanto a la vida cotidiana como a los asuntos relativos a la llamada, usando términos de Sartori¹⁸, ingeniería constitucional. Por último, el peculiar papel inductor y sustentador de la Corona, enfatizado por la historiografía si bien necesitado aún de una importante revisión distanciada.

Y era precisamente la sorpresa que provocaba en el mundo esta experiencia la que indicaba la conveniencia de enfrascarla en un modelo a seguir para aquellos que se desvinculaban tímida o abruptamente de regímenes autoritarios. Sin embargo, y como quiera que los modelos científicos están en general reñidos con la realidad social y sus transformaciones, el academicismo y la ingenuidad acamparon allí donde debiera quizá haber predominado el pragmatismo y el contexto histórico.

Durante la transición se evitó que los españoles tuviesen sensación de ruptura. La ruptura sin embargo puede producirse aún negando que se trate de ella. Así que, en realidad hubo una ruptura acordada por la mayor parte de los agentes sociales, institucionalizada por medio de la reforma legal y llevada a término de manera pausada, ordenada. Los trabajos constituyentes¹⁹ fueron la mayor prueba de que se rompía con el modelo jurídico anterior, al quedar aprobado un marco de acción política y legal completamente nuevo. Esta forma de ruptura no reconocida evitó una situación de vacío de poder. Pero quizá la

¹⁸ SARTORI, G. (2001) [1994]: *Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, México.

¹⁹ CORTES GENERALES. CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA. *Trabajos parlamentarios*. 4 volúmenes. Madrid,

mayor utilidad de reconocer en el proceso español un modelo provino de la constatación de que la Transición se producía a la par, aunque con discretas diferencias, de la portuguesa. Ambas, precediendo a las derivadas de la caída del muro de Berlín, sostuvieron por un tiempo la antorcha de “El cambio pacífico es posible”, pero también de la apreciación de su singularidad en el entramado temporal de Europa²⁰.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial no hubo transiciones sino restauraciones democráticas. Las restauraciones albergaban en algunos casos la reforma del modelo, de un modelo prebélico. Nada parecido en los casos español o portugués. En España el camino a la democracia escogido en 1976-78 condujo a un sistema imperfecto debido a la ausencia de una memoria histórica sobre la que asentar la democracia. A los largos años del silencio –“impuesto” durante el franquismo– siguió lo que dio en llamarse un silencio “consentido”²¹, recuerdo mudo del golpe militar, de la guerra civil y del franquismo, que produjo el efecto perverso de romper definitivamente el vínculo histórico con la experiencia democrática previa. Esto significaba en la práctica, en boca de quienes tacharon de insuficiente la vía del consenso, una cierta tolerancia con los rescoldos avivados del franquismo y su memoria.

Del modelo de democracia aprobado en 1978 se decía que serviría para modernizar el país. Tras su implantación, quedaban atrás las razones para seguir sustentando los complejos de inferioridad y el discurso recurrente de la anomalía de España –enfrentamientos permanentes, conflictos y pobreza– con respecto a los países del su entorno inmediato. La Transición mostraba el cambio pacífico y ordenado. Nunca más iban a salir a flote los demonios de España, esa violencia y anarquía vinculadas con la naturaleza de lo español según la tradición peninsular. El propio Franco había desvelado el sueño de los españoles con sus continuas admoniciones al peligro de la desunión, de un separatismo tenebroso que significaba este mediocre mandatario entre las filas de los teóricos sociales que en tiempos del Despotismo Ilustrado defendieron la autocracia como argumento de peso contra el caos natural de la Humanidad.

Apreciada o no por quienes que la hicieron o la heredaron –el debate histórico en profundidad no fue entonces una necesidad perentoria–, lo cierto es que a los diez años de la eclosión transformadora, los españoles estaban ya en condiciones de predicar por el mundo los amores de su Democracia. Y allá que se fueron nuestros presidentes, sin los temores ni las vergüenzas aniquiladoras de los primeros meses de la Democracia, cuando tomar un avión para cruzar el charco era una aventura propia de un pionero –las fotos viajeras de Suárez solo pueden inspirar ternura. Como en la Conquista, se aprecia en el gesto didáctico la rotundidad del carácter español, al que le cuesta arrancar en el aprendizaje pero que una vez consigue aprenderse la copla la va cantando allí donde le dejan. Primero fue Iberoamérica, ávida de acabar con sus dictadores, y luego el Este de Europa, recientemente estrenada en el capítulo de la Posguerra Fría. A finales de los ochenta España estaba en condiciones de enseñar todo lo que ya sabía: fundamentalmente, el instinto de conservación de las clases dirigentes –gobierno y oposición– el que promueve la cooperación y el consenso; y que, una vez establecida la democracia y el estado de derecho como fruto del acuerdo, y bajo un régimen de economía de Mercado y apertura al exterior, no es difícil incorporar los discursos de confianza en desarrollo y estabilidad de los pueblos. Aún hoy, que los toros y la copla han pasado de moda, España vende la Transición como un producto con denominación de origen, que proporciona un rédito comercial interesante. Puede que vaya estando de capa caída, y que no desbanque al fútbol o al flamenco, pero sin duda aún tiene su público.

²⁰ HUNTINGTON, S. (1994) [1991]: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona.

²¹ LEGUINA, J. Y UBIERNA, A. (2000): *Años de hierro y esperanza*, Madrid, Espasa, p. 13.